

y mentecatos á cuantos te tratan y comunican: si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. ¡Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento!—Hermano, dijo Don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor Don Quijote de la Mancha, es muy cuerdo; y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar, donde quiera que se hallare; y andad enhoramala, y no os metais donde no os llaman.—¡Pardiez! vuesa merced tiene razon, respondió el castellano; que, aconsejar á este buen hombre, es dar coces contra el aguijon; pero, con todo eso, me da muy gran lástima que, el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería; y, la enhoramala que vuesa merced dijo, sea para mí y para todos mis descendientes si, de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalen, diere consejo á nadie aunque me lo pida." Apartóse el consejero; siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenía leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar Don Antonio, como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche; volviéronse á casa; hubo sarao de damas; porque la mujer de Don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas; cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas, habia dos de gusto pícaro, y burlonas; y, con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar á danzar á Don Quijote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de Don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y, sobre todo, no nada ligero. Requebrábanle, como á hurto, las damiselas, y él tambien, como á hurto, las desdeñaba; pero, viéndose apretar de requiebros, alzó la voz, y dijo: "*¡Fugite, partes adversæ!* ¡dejadme en mi sosiego, pensamientos malvenidos! allá os avenid, señoras, con vuestros deseos; que, la que es reina de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan:" y diciendo esto, se sentó en mitad de la sala, en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo Don Antonio que le llevasen, en peso, á su lecho; y, el primero que asió dél, fué Sancho, diciéndole: "¡Nora en tal, señor nuestro amo, lo habeis bailado! ¿pensais que todos los valientes son danzadores, y, todos los andantes caballeros, bailarines? Digo, que si lo pensais, que estais engañado: hombre hay, que se atreverá á matar á un gigante antes que hacer una cabriola: si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero, en lo del danzar, no doy puntada." Con estas y otras razones, dió qué reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile. Otro dia le pareció á Don Antonio ser bien hacer la experiencia

de la cabeza encantada; y con Don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á Don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habian quedado con la mujer de Don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia; encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primero dia donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y, si no eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el *busilis* del encanto; y aun, si Don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: ¡con tal traza y tal órden estaba fabricada! El primero que se llegó al oido de la cabeza, fué el mismo Don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: "Dime, cabeza, por la virtud que en tí se encierra: ¿qué pensamientos tengo yo ahora?" y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razon: "Yo no juzgo de pensamientos." Oyendo lo cual, todos quedaron atónitos; y mas, viendo que en todo el aposento, ni alderredor de la mesa, no habia persona humana que responder pudiese. "¿Cuántos estamos aqui?" tornó á preguntar Don Antonio; y fuéle respondido por el propio tenor, paso: "Estais tú y tu mujer, con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un caballero famoso, llamado *Don Quijote de la Mancha*, y un su escudero, que *Sancho Panza* tiene por nombre." ¡Aquí sí que fué el admirarse de nuevo! ¡aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos, de puro espanto! Y, apartándose Don Antonio de la cabeza, dijo: "Esto me basta para darme á entender que no fui engañado del que te me vendió, ¡cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza! Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere:" y como las mujeres, de ordinario, son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué, una de las dos amigas de la mujer de Don Antonio; y, lo que le preguntó, fué: "Dime, cabeza: ¿qué haré yo para ser muy hermosa?" y fuéle respondido: "Sé muy honesta.—No te pregunto mas," dijo la preguntanta. Llegó luego la compañera, y dijo: "Querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no;" y respondiéronle: "Mira las obras que te hace, y echarlo há de ver." Apartóse la casada, diciendo: "Esta respuesta, no tenia necesidad de pregunta; porque, en efecto, las obras que se hacen, declaran la voluntad que tiene el que las hace." Luego llegó uno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntóle: "¿Quién soy yo?" y fuéle respondido: "Tú lo sabes.—No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas, si me conoces tú.—Sí conozco, le respondieron, que eres Don Pedro Noriz.—No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ¡oh cabeza! que lo sabes todo:" y, apartándose, llegó el otro amigo, y preguntóle: "Dime, cabeza: ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo?—Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero, con todo eso, te sé decir, que, los que tu hijo tiene, son de enterrarte.—Eso es, dijo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo; y no pregunto mas."



Llegóse la mujer de Don Antonio, y dijo: "Yo no sé, cabeza, qué preguntarte; solo querria saber de tí, si gozaré muchos años de mi buen marido;" y respondiéronla: "Sí gozarás, porque, su salud y su templanza en el vivir, prometen muchos años de vida, la cual, muchos, suelen acortar por su destemplanza." Llegóse luego Don Quijote, y dijo: "Dime, tú el que respondes: ¿fué verdad, ó fué sueño, lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?—Á lo de la cueva, respondieron, hay mucho qué decir; de todo tiene: los azotes de Sancho, irán despacio: el desencanto de Dulcinea, llegará á debida ejecucion.—No quiero saber mas, dijo Don Quijote; que, como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear." El último preguntante, fué Sancho; y, lo que preguntó, fué: "Por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿saldré de la estrechez de escudero? ¿volveré á ver á mi mujer y á mis hijos?" á lo que le respondieron: "Gobernarás en tu casa; y, si vuelves á ella, verás á tu mujer y á tus hijos, y, dejando de servir, dejarás de ser escudero.—¡Bueno, par Dios! dijo Sancho Panza; esto, yo me lo dijera; no dijera mas el profeta Pero Grullo.—¡Bestia! dijo Don Quijote; ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que, las respuestas que esta cabeza ha dado, correspondan á lo que se le pregunta?—Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara mas, y me dijera mas." Con esto, se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caso sabian. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba; y así, dice, que Don Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo esta en su casa, para entretenerse y suspender á los ignorantes; y la fábrica, era de esta suerte: la tabla de la mesa, era de palo, pintada y barnizada como jaspe; y, el pié sobre que se sostenia, era de lo mismo, con cuatro garras de águila que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente que ninguna señal de juntura se parecia. El pié de la tabla, era ansimismo hueco, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza; y todo esto venia á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco, de pié, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida, se encaminaba un cañon de hoja de lata, muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponía el que habia de responder, pegada la boca con el mismo cañon, de modo que, á modo de cerbatana, iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras; y, desta manera, no era posible conocer el embuste. Un sobrino de Don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente; el cual, estando avisado de su señor tio, de los

que habian de entrar con él, en aquel día, en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demás, respondió por conjeturas, y, como discreto, discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que, divulgándose por la ciudad que Don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que, á cuantos le preguntaban, respondia, temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores, le mandaron que la deshiciese, y no pasase mas adelante, por que el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero, en la opinion de Don Quijote y de Sancho Panza, la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas á satisfacion de Don Quijote que de Sancho. Los caballeros de la ciudad, por complacer á Don Antonio y por agasajar á Don Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija, de allí á seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á Don Quijote de pasear la ciudad, á la llana y á pié, temiendo que, si iba á caballo, le habian de perseguir los muchachos; y así, él y Sancho, con otros dos criados que Don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió pues, que, yendo por una calle, alzó los ojos Don Quijote, y vió escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no habia visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro, con todo su acompañamiento, y vió, tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y, finalmente, toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase Don Quijote á un cajon, y preguntaba qué era aquello que allí se hacia: dábanle cuenta los oficiales; admirábase, y pasaba adelante. Llegó, en otras, á uno, y preguntóle qué era lo que hacia. El oficial le respondió: "Señor: este caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer, y de alguna gravedad), ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estáyle yo componiendo para darle á la estampa.—¿Qué título tiene el libro?" preguntó Don Quijote. Á lo que el autor respondió: "Señor: el libro, en toscano, se llama *Le Bagatelle*.—Y ¿qué responde *le bagatelle*, en nuestro castellano?" preguntó Don Quijote.—*Le bagatelle*, dijo el autor, es como si, en castellano, dijésemos *los juguetes*; y aunque este libro es, en el nombre, humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.—Yo, dijo Don Quijote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no mas): ¿ha hallado en su escritura, alguna vez, nombrar *pignata*?—Sí, muchas veces, respondió el autor.—Y ¿cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó Don Quijote.—¿Cómo la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo *olla*!—¿Cuerpo de tal, dijo Don Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! ¡Yo apostaré una buena apuesta que,